



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14020

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptes.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 22 DE AGOSTO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en letras de fácil cobro.—Corresponde en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

La construcción de la Escudra

En nuestros telegramas de anoche dábamos cuenta de haberse verificado en el ministerio de Marina el acto de subasta para la proyectada construcción de la Escudra: posteriormente las noticias que recibimos de Madrid amplían aquella información, dando minuciosos detalles del acto tan trascendental é importante para los futuros destinos de la nación.

A las once de la mañana comenzó la subasta, constituyéndose la mesa para la admisión y apertura de pliegos, compuesta del presidente, Vice-Almirante Sr. Viniegra, como vocales el jefe de Estado Mayor Central Sr. Estrán, los generales de la Armada con destino en el ministerio Sres. Angulo, García de la Vega, Auditor general D. Juan Spottorno, Intendente Sr. Saralegui, el general de Artillería de Marina Sr. Garcés de los Zayos y el general de Ingenieros Sr. Redondo.

Actúa como secretario el capitán de de navío Sr. Rardino.

El presidente concede media hora para la admisión de nuevos pliegos y transcurrida aquella se procede á la apertura de los presentados.

Estos son: el que representa la casa inglesa Vickers; la casa Ansaldo, representada por Penoug; la casa Creusot, representada por el conde Mareuil, y el grupo de banqueros é industriales asturianos, representados por Tartier y D. Inocencio Fernández.

A todos los grupos extranjeros van unidas varias entidades y personalidades españolas, en cumplimiento de lo prevenido en la ley. Según ésta, el 60 por 100 del capital ha de ser español. Con la casa inglesa Vickers van asociados la Traslántica, La Maquinista Terrestre y Marítima, de Barcelona; Altos Hornos, Vizcaya, y otras Sociedades españolas.

Por el orden que se han presentado se procede á la lectura de los pliegos.

1.º Del Grupo industrial francés, en unión con la Sociedad de Ferrieras y Construcciones del Mediterráneo. El total de construcciones en Ferrol lo fija en 140.280.000 pesetas, y las de Cartagena en 40.360.000 pesetas.

También se consigna en este pliego que se constituirá una sociedad española con objeto de desarrollar la industria nacional.

2.º Casa Ansaldo, Armstrong y Compañía. Ofrece el 65 por 100 de la emisión á los capitales españoles.

Aceptar el tipo de precios señalados en la ley con las aclaraciones del artículo 23.

Ofrece establecer fábricas de turbinas, cañones, corazas, etc.

3.º Grupo asturiano, representado por los Sres. Tartier, Fernández, Beardmore y Parmer.

Para la construcciones del Ferrol señala 144.565.000 pesetas; pero como es superior al tipo del concurso, señala en definitiva pesetas 140.450.000.

Para las construcciones de Cartagena pesetas 40.800.000.

4.º Sociedad de Construcciones navales, representada por el barón de Satriástegui y conde de Zubiria. Con esta Sociedad vienen las Casas inglesas Vickers, Armstrong, Jhn Brown y Patson's.

Para las obras de Cartagena presupone 40.379.250 pesetas y para las de Ferrol 140.247.645 pesetas.

Ofrece que los acorazados tendrán 400 toneladas más de las fijadas en la ley y los destroyers 20 más.

Todos tendrán también una milla más de andar sobre lo fijado en las condiciones del concurso.

Si se le adjudican los dos grupos de obras, regalará al Estado, en el plazo de tres años, un submarino de 120 toneladas.

Al terminar la lectura, el presidente llama la atención sobre estar el pliego escrito en papel blanco reintegrado con pólizas, marcando el decreto que se escriba en papel sellado.

El Conde de Torre-Velez dice que la ley del Timbre marca que puede hacerse en las dos formas y entonces el presidente propone la admisión condicional.

Protesta el Conde de Torre-Velez de la proposición del presidente y después de escuchar el parecer del asesor de Marina, la mesa acuerda admitir el pliego sin condiciones.

A las dos de la tarde se dió por terminado el acto.

Notas alegres

¡Ay de los vencidos!

En las grandes, como en las pequeñas naciones, lo que más preocupa es la cuestión dinero. ó sea lo que componemos se llama problema económico, que los más eminentes hacendistas resuelven por un procedimiento tan sencillo como cómodo, que consiste en aumentar los ingresos del Erario, es decir, en reventar al contribuyente, y disminuir la ración de tapa, que decía el otro, ó sea, introduciendo economías que parten por el eje á los servidores del Estado, que las gentes exaltadas y de pocos alcances denominan también sanguijuelas de la nación.

En eso, como en todo, el pez gordo se come al chico; pues los que pagan el pato, según frase vulgar, en tales desconciertos económicos, que mejor podrían llamarse exabruptos políticos, son los pequeños contribuyentes, á quienes el caciquismo rural encaja las mayores gabelas y exacciones, y los pequeños empleados, á quienes les caen encima los mayores descuentos, cuando no se les rebaja el alfiler de la nómina, la supresión de su modesto destino por reforma de los servicios.

Pero al fin, esos profundos y laboriosos problemas de carácter público recaen sobre la entidad nación, que más bien ó más mal, va saliendo de sus conflictos como Dios la dá á entender y sin detrimento de la unidad política ó administrativa; lo malo es cuando un problema económico estalla, como si fuese una bomba de dinamita en el seno de una familia particular, que de pronto se encuentra con el agua al cuello, sin encontrar modo ni forma de quedar á flote.

Cuando llegan esas ocasiones terribles, es cuando se ve prácticamente lo que son las amistades, los parentescos y las consideraciones de toda clase y condición, porque sucede que, mientras la tal familia estaba en auge y podía con su influencia, con su prestigio, con su dinero ó con su posición social hacer algún beneficio ó sacar la tripa de mal año, cómo suele decirse, á los gorrinos y á los pretendientes, todo se vuelve adulaciones, agasajos y cumplimientos.

Pero llega la contraria, como dicen los tahures, y la decoración cambia por completo. Aquella familia feliz, que se veía mimada, encumbrada y

aun explotada, ve desaparecer de su lado, como si le hubiera invadido la peste á los amigos íntimos é incondicionales, á los parientes cariñosos y abnegados, á todas las relaciones que en la próspera fortuna eran capaces de todo género de sacrificios, y que, en la adversa, se llaman andana y vuelven la espalda á quienes antes ponían, como dice el refrán, en los cuernos de la luna.

Del árbol caído, todos hacen leña, dice el proverbio, y persuadidos de esta verdad, las gentes, duchas en las terribles luchas de la existencia, se agarran como lapas (*passer le mot*) á la labia de salvación; y arrojan, como lastre inútil, la dignidad; pues saben muy bien, que si caen en el abismo de la indigencia, no los saca de allí nadie, porque la especie humana es así, dura de corazón y sorda y ciega ante el infortunio, en lo cual, dicho sea con toda clase de miramientos, queda muy bajo del nivel de las más feroces alimañas y fieras del desierto, que se ayudan y auxilian á su modo, siempre que es necesario.

Por eso, cuando un desastre económico amaga á cierta clase de personas, se les ve hacer toda clase de gatuperios y papeles poco lucidos, porque los infelices, prefieren á veces ser objeto de acerva y justificada murmuración que verse por los suelos y presos del más espantoso infortunio.

Podrían pasarlo medianamente reduciendo sus gastos, viviendo con relativa estrechez, prescindiendo de ciertas frivolidades, pero el demonio de la vanidad no se lo consiente, y antes que descender un tramo de su posición, al parecer privilegiada, pero en realidad comprometida y falsa, prefieren cometer todo género de indignidades pues tienen un miedo atroz al «qué dirán».

Más todo es inútil, porque cuando cambia el viento, esto es, cuando viene la mala de verdad, no hay artificios ni combinaciones que valgan, y los que se hunden, se hunden de veras hasta la punta de la nariz, y entonces es cuando se ven por ahí cuadros de miseria espantosos, mil veces más terribles que los que pudiera ofrecer el más desamparado indigente.

Los desastres económicos vienen generalmente por imprevisión, por estirar la mano más de lo que se puede, por meterse en libros de caballerías

como se suele decir, y salirse del ferrocarril. Las gentes de poco seso, se aficionan pronto á la vida de grandezas y de disipación; pero luego vienen las amarguras, y entre el lujo, la vanidad y la presunción, se arruinan; y en vez de salvarse con prudentes economías y privaciones, caen con estrépito para no levantarse jamás.

Cuando eso ocurre, ¡adiós, amigos; adiós, parientes; adiós, deudos y agradecidos! Todos huyen del caído, todos vuelven el dorso... ¡y si te vi, no me acuerdo!

ABEL IMART

CUENTO DEL SABADO

La epopeya de un presidiario

Fué condenado á presidio por delito de sangre. Era un obrero aplicado, trabajador, de instrucción escasa, pero muy útil y muy entendido en su modesta profesión de albañil. Su maestro le apreciaba, los vecinos del barrio se hacían lenguas de él; á su novia le saltaba el corazón en el pecho cuando le veía acercarse á su puerta, y á su madre, una viejecita de pelo canoso y ojos alegres, se le caía la baba de gusto en presencia de aquel muchachote alto, fornido, cariñoso, sostén de la casa desde la muerte de su padre, y retrato vivo del padre muerto en las condiciones físicas y morales de su persona.

Pedro, este era el nombre del simpático mozo, adoraba en su madre, depositaba en ella íntegro, ó poco menos, el producto de su trabajo, y vivía feliz, con ese relativo desahogo del obrero que le permite cruzar el mundo gozando los bienes de una miseria decorosa.

Este edificio de ventura se vino abajo al anochecer de una fiesta. Pedro jugaba á las cartas con otros compañeros en una taberna inmediata á su domicilio.

Menudeaban entre los jugadores sendos vasos de vino; bailábanse más que calientes las cabezas, y suscitóse agria disputa á propósito de una jugada entre el mozo y su contricante: hubo aquello de «eso no me lo dices en la calle»; y á la calle salieron navaja en mano, y de frente, y cuerpo á cuerpo riñeron, y en la calle quedó

con el corazón partido de un navajazo el contrario de Pedro, mientras éste, amarrado codo con codo por los agentes de la autoridad, era conducido á la cárcel y sentenciado años meses después, por la Sala correspondiente, á ocho años de presidio.

Y á presidio fué, porque era de justicia que fuese, porque bueno es hacer la vista gorda cuando dos hombres pelean en un café y se matan á las veinticuatro horas delante de testigos; pero no es posible hacerla con dos hombres que riñen á la puerta de una taberna, acto seguido de la injuria, frente á frente y con armas iguales. Aunque á primera vista no lo pareciera, existe una diferencia enorme entre un hecho y otro.

Pedro fué á presidio, y con él se fueron todas las dichas de su hogar y todas las alegrías de su alma. En el último rincón de la casa, humilde antes, miserable desde que Pedro la abandonó, se veía á la pobre vieja sentada en una silla, con los cabellos siempre blancos, y los ojos, aquellos ojos tan alegres, tristes, muy tristes, enrojecidos por el llanto y enturbiados por la amargura. También se puso muy triste la novia del mozo cuando se pronunció la sentencia de éste. Sólo que á los dos años de pronunciada la sentencia, la novia se había casado con otro hombre y la madre seguía llorando. Así es la vida y así son las madres y las novias.

En los registros del presidio podía leerse á propósito de Pedro, la siguiente nota:

Conducta, buena.—Aplicación, mucha.—Subordinación, mucha.—Carácter, retraído.

Los jefes estaban muy contentos con él; sus compañeros le apreciaban; algunos, que habían sentido la dureza de sus puños, le temían, y Pedro iba extinguiendo su condena, sin amistades grandes y sin odios profundos, sustrayéndose, por determinación inevitable de su voluntad, á la atmósfera contagiosa y podrida que le rodeaba, al medio ambiente criminal donde su mala suerte le había arrojado.

Silencioso, esquivo, resignándose con su desgracia era un enigma para sus compañeros y un buen muchacho para sus superiores.

Sólo una vez, excepción hecha de aquellas en que para conservar su in-

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 140

puede usted formarse idea de la gravedad con que desempeñan sus funciones.

—Sapongo que estarán atónitos... pero el caso es que necesito hablar con usted.

—Ella quedó pensativa, y contestó:

—Sí; pero el caso es que necesito reflexionar, pensar yo sola y darme razón exacta de este cambio de cosas: necesito creer en que huelga la anterior soledad y pensar en usted y en lo demás que han entrado en mi mundo. Despidámonos ahora y volvamos á encontrarnos aquí mañana al amanecer.

—La esperaré á usted.

—Voy á pasar el día entero pensando en ese mundo nuevo que usted me ha descubierto; apenas si puedo pensar ahora en...

La joven retrocedió un paso y examinó á su interlocutor de pies á cabeza: encontráronse la miradas de ambos y trataron de profundizarse durante un momento: cada cual vió en el otro un semblante alegre y enrojecido por la emoción, pero dulce y tierno como si el sentimiento lo inundara.

—Sí—exclamó la princesa riendo y profundamente conmovida,—es usted un ser real; pero lo encuentro todo tan extraño! ¿lo cree usted de veras? ¿es toda realidad? Sapongamos que vengo yo mañana y que lo encuentro á usted tan pálido

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 137

lo... Si, tenemos poder para hacer grandes cosas, poder que se revela en el fondo de nuestro ser... ¡Pero basta que podamos realmente hacer algo!

El gigante Redwood extendió la mano que parecía barrer todo un mundo.

—Aunque no creía que estaba sola en la tierra, he pensado en todo esto muchas veces. Pero me dijeron que tener era un pecado, que valía más ser pequeño que grande, [y que toda religión consistía en amparar y sostener á los pequeños y á los débiles, en ayudar á su multiplicación, y en sacrificar las fuerzas que uno tiene en su provecho... Pero la vida que había dentro de mí me ha demostrado otra cosa algo mejor...

—Sí, esta vida que tenemos, y estos cuerpos, no se han hecho para la muerte—replicó el joven.

—No—afirmó ella.

—Ni para vivir ocupados en pequeñeces. Claro es que si no nos resignamos á ellas, de sobra embremos que vendrá el condicito... [No sé qué amargo condicito sobrevendrá á las gentes pequeñas se empeñan en no dejarnos vivir como necesitamos hacerlo! Ya han pensado en esos nuestros hermanos. Y á César, de quien, antes he hablado á usted, también le preocupa esto.

—Son muy pequeños y muy débiles.

—A su manera. Pero ya sabe usted que todos los medios de dar muerte están por adelantado y